

SARAH
DESSSEN

CONTIGG
SIEMPRE



Sarah Dessen

CONTIGO, SIEMPRE

Traducción de Victoria Simó


ALFAGUARA

*A Regina Hayes, por hacerme pensar,
por hacerme reír y por hacer de mí
una persona mejor, siempre.*

CAPÍTULO 1

Vaya, aquello nunca me había pasado.

—¿Deborah? —dije, y llamé a la puerta con suavidad, aunque también con la intensidad suficiente como para transmitir el grado de urgencia adecuado—. Soy Louna. ¿Te puedo ayudar en algo?

Según mi madre, esa era la regla principal en ese tipo de situaciones: no proyectar el problema en el otro. Es decir, no le preguntes si le pasa algo a menos que estés completamente segura de que es así, y de momento, yo no lo estaba. Aunque bien es cierto que una novia encerrada en el despacho parroquial de la iglesia cinco minutos después de la hora prevista para el comienzo de su boda no augura nada bueno.

Al otro lado de la puerta, escuché un movimiento. Luego, un sollozo. De nuevo deseé que William, el socio de mi madre y nuestro hombre que susurraba a las novias oficial, estuviera aquí en mi lugar. Pero él andaba resolviendo otra crisis que implicaba a la madre del novio, que estaba enfadada porque tenía que desfilarse delante de la madre de la novia hacia el altar, aunque todo el mundo sabe que así lo dicta el protocolo. Ahora bien, si llevas el tiempo suficiente trabajando en el negocio de las bodas, eres muy consciente de que cualquier cosa constituye un problema en potencia, desde la feliz pareja hasta las servilletas. Nunca se sabe.

Carraspeé.

—¿Deborah? ¿Quieres un poco de agua?

El agua no arreglaría nada, pero nunca viene mal; era otra de las máximas de mi madre. En lugar de una respuesta, oí el chasquido del cerrojo y el chirrido de la puerta. Volví la vista hacia la escalera que tenía detrás y le rogué al

cielo que William apareciese al fondo, pero no, todavía estaba sola. Inspiré hondo y, armada con el botellín de agua del que había echado mano antes, entré. Hidratación al poder.

Nuestra cliente, Deborah Bell (que pronto se convertiría en Deborah Washington, cabía esperar), una hermosa chica negra peinada con un recogido alto, estaba sentada en el suelo de la pequeña habitación rodeada por el abultado vestido. Había pagado cinco mil dólares por él; lo sabía porque nos lo había repetido hasta la saciedad a lo largo de los diez meses que llevábamos preparando ese día. Intenté no pensar en ello mientras me apresuraba, sin correr demasiado, hacia ella. («¡Jamás corras en una boda a menos que alguien esté en peligro de muerte!», escuché la voz de mi madre en mi cabeza.) Acababa de abrir la botella de agua cuando caí en la cuenta de que la novia estaba llorando.

—Ay, no hagas eso. —Me agaché en una postura que pretendía ser profesional, con las rodillas a un lado, y le ofrecí el paquete de pañuelos que llevaba en el bolsillo—. Tu maquillaje está genial. Vamos a intentar no estropearlo, ¿vale?

Deborah, con una pestaña postiza ya despegada —a veces es necesario mentir—, me miró parpadeando y otra avalancha de lágrimas se derramó por su rostro ya sembrado de churretones.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

«No», pensé. Llevábamos nueve minutos de retraso. En voz alta respondí:

—Claro.

Tomó aire a trompicones, como sucede a veces cuando llevas un buen rato llorando a mares.

—¿Tú...? —se interrumpió cuando otra tanda de lágrimas le desbordó los ojos y resbaló hacia sus mejillas, esta vez llevándose por delante la pestaña suelta—. ¿Tú crees que el amor verdadero dura para siempre?

Alguien subía por las escaleras. A juzgar por los ruidos —andares lentos y pesados acompañados de abundantes bu-

fidios y resuellos audibles—, no era William.

—¿El amor verdadero?

—Sí. —Levantó una mano («¡No, por Dios!», pensé demasiado tarde para detenerla), se frotó los ojos y se emboñó el delineador hasta la sien. Los pisotones sonaban más cerca; quienquiera que fuese no tardaría en entrar. Mientras tanto, Deborah me estaba mirando con los ojos muy abiertos y una expresión suplicante, como si los próximos acontecimientos dependieran por entero de mi respuesta—. ¿Lo crees?

Yo sabía que esperaba un sí o un no, algo concreto y específico, y de haberme preguntado cualquier otra cosa, seguramente la habría complacido. No obstante, me quedé acucillada en silencio en lugar de contestar, mientras intentaba traducir en palabras la imagen que había acudido a mi mente: un chico enfundado en una elegante camisa blanca en una playa oscura, riendo, con la mano tendida hacia mí.

—¡Deborah Rachel Bell! —atronó una voz a nuestra espalda. Al momento apareció el padre de la novia, el reverendo Elijah Bell, cuya figura llenó el vano de la puerta abierta. El traje le quedaba demasiado ajustado, llevaba el cuello de la camisa desabrochado y su mano aferraba un pañuelo que ahora se llevaba a la sudorosa frente—. ¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡La gente está esperando ahí abajo!

—Lo siento, papá —gimió Deborah, y entonces vi que por fin William subía las escaleras. Sin embargo, desapareció de mi vista con idéntica rapidez tras los contornos del reverendo—. Me ha entrado miedo.

—Bueno, pues espabila —le espetó él según entraba en el despacho. Llegaba sin aliento y se paró un momento para respirar un par de veces antes de seguir avanzando—. Me he gastado en esta boda treinta mil dólares no reembolsables, ganados con el sudor de mi frente. Si no desfilas por ese pasillo de inmediato, yo mismo me casaré con Lucas.

Al oír eso, Deborah estalló en lágrimas nuevamente. Mientras yo le daba palmaditas en el hombro por hacer al-

go, William se las arregló para abrirse paso junto al reverendo y acercarse a nosotras. Sin volver la vista hacia mí y con la tranquilidad que lo caracterizaba, clavó los ojos en la novia al tiempo que se inclinaba para hablarle al oído. Cuando ella respondió en susurros, William le masajéó la espalda con lentos movimientos circulares, igual que harías para tranquilizar a un bebé.

Yo no alcanzaba a oír nada de lo que decían, tan solo oía la respiración del reverendo. En la escalera se escucharon nuevos pasos, seguramente de las damas de honor, los padrinos y otras personas que venían a curiosear. Todo el mundo quería formar parte de la historia, por lo visto. Antes yo también pensaba así, pero ya no.

Lo que fuera que le dijo William le arrancó una sonrisa a Deborah, aunque temblorosa. No obstante, surtieron efecto: la novia permitió que la tomara por el codo y la ayudara a levantarse. Mientras la chica inspeccionaba su vestido arrugado e intentaba alisar los pliegues a manotazos, él se asomó al pasillo y llamó con gestos a alguien que esperaba en la escalera. Al cabo de un momento apareció la maquilladora con su estuche en ristre.

—Muy bien, vamos a darle un respiro a Deborah para que se recomponga —anunció William a los presentes. En ese preciso instante, como cabía esperar, una dama de honor y luego otra asomaron la cabeza—. Reverendo, ¿puede decirles a todos que vuelvan a sus puestos? Bajaremos en dos minutos.

—Eso espero —gruñó el reverendo, que obligó a William a apartarse para acceder a la puerta, donde las damas de honor se escamparon entre ráfagas de color lavanda—. Porque no pienso volver a subir esta escalera.

—Te esperamos fuera —le dijo William a Deborah antes de pedirme con gestos que lo siguiera. Lo hice y cerré la puerta al salir.

—Lo siento —me disculpé al instante—. La situación superaba mis capacidades.

—Lo has hecho muy bien —me aseguró al tiempo que echaba mano de su teléfono. Sin tener que fijarme siquiera,

supe que le estaba enviando un mensaje a mi madre con la clave que usaban para comunicarse de manera rápida y privada. Pasado un segundo, oí el zumbido de la respuesta. William miró la pantalla un momento y a continuación me informó:

—La gente siente curiosidad, pero no están sacando conclusiones, todavía. Todo irá bien. Tenemos la excusa de la pestaña postiza.

Miré mi reloj.

—¿Hacen falta quince minutos para devolver una pestaña a su sitio?

—Hace falta una hora, por lo que sabe la gente de ahí abajo. —Alisó una arruga invisible de sus pantalones y se ajustó la corbata roja—. Nunca habría tomado a Deb por una de las que se echan atrás. Pero qué sé yo.

—¿Qué le has dicho aquí dentro? —le pregunté.

Él se quedó escuchando los ruidos procedentes del otro lado, atento, adiviné, a las diferencias sonoras entre el llanto y el proceso del maquillaje. Pasado un instante, me respondió:

—Ah, me ha preguntado por el amor verdadero. Si creo en él, si es duradero. Las típicas dudas previas a la ceremonia.

—¿Y qué le has contestado?

Me miró con ese talante tranquilo y seguro de sí que hacían de él y de su socia, mi madre, los mejores planificadores de bodas de Lakeview.

—Le he dicho que por supuesto. No podría dedicarme a esto si no lo creyera. Todo gira en torno al amor.

«Hala», pensé.

—¿Lo piensas de veras?

Se estremeció.

—Por Dios, no.

En ese momento se abrió la puerta. Al otro lado estaba Deborah con el maquillaje restituido, la pestaña en su sitio, el vestido perfecto en apariencia. Nos dedicó una sonrisa nerviosa y, aun mientras respondía a su gesto, yo era más

consciente del rostro sonriente de William que de mi propia expresión.

—Estás preciosa —le dijo—. Vamos allá.

Le tendió la mano. Deborah la aceptó y se dejó acompañar escaleras abajo. La maquilladora los siguió con un suspiro tan quedo que únicamente yo pude oírlo y por fin me quedé sola.

Abajo, en la entrada de la iglesia, mi madre debía de estar dando instrucciones a la comitiva nupcial, ajustando tiras y solapas, ahuecando ramos y enderezando flores en los ojales. Volví a mirar el interior del despacho, donde solo quedaba un montón de pañuelos desechables arrugados. Mientras los recogía deprisa y corriendo, me pregunté cuántas novias se sentían abrumadas por idénticos sentimientos mientras hacían malabarismos en la cuerda floja que separaba su presente de su futuro, sin atreverse a saltar. Las comprendía, pero solo hasta cierto punto. Al menos habían tomado la decisión ellas mismas. Cuando otro la tomaba por ti..., bueno, eso sí que era para echarse a llorar. En cualquier caso, la música del órgano ya sonaba en la iglesia. La ceremonia acababa de empezar. Cerré la puerta y bajé las escaleras.

Mi madre levantó su copa de vino.

—Yo les doy siete años. Lo suficiente para un par de hijos y una aventura.

—Interesante —respondió William, que sostuvo en alto su propia copa para observarla un instante. A continuación, declaró—: Yo les doy tres. Sin hijos. Pero una separación amistosa.

—¿Tú crees?

—Es la sensación que he tenido. La chica tenía serias dudas y ¿esas preguntas sobre el amor verdadero?

Mi madre lo meditó.

—Cierto. Me parece que esta vez ganarás tú. Salud.

Entrechocaron las copas, se repantingaron en las sillas y tomaron un sorbo de vino con un ademán solemne. Al final

de todas las bodas, cuando los novios se habían marchado y los invitados se dispersaban por sus hogares y hoteles, mi madre y William compartían un último ritual. Se tomaban una copa, valoraban el evento y apostaban sobre el nuevo matrimonio. Su exactitud para predecir tanto el desenlace como la duración era asombrosa. Y, a decir verdad, un tanto inquietante.

Para mí, sin embargo, la prueba de fuego era la partida. Ese instante en que todos se reunían para despedirse de los novios emanaba algo revelador. Nada que ver con la ceremonia, cuando la gente estaba nerviosa y los sentimientos pasaban desapercibidos, ni tampoco con el banquete, que solía ser tan caótico como para desdibujar los detalles. Con la partida, meses de planificación quedaban atrás y años de vida en común asomaban por delante. Por eso yo siempre me aseguraba de mirar las caras de los novios con suma atención para fijarme en los signos de fatiga, las lágrimas o los atisbos de irritación. En lugar de apostar, yo les enviaba buenos deseos. Ansiaba que el resto del mundo tuviera un final feliz.

Tampoco es que los clientes llegaran a enterarse nunca. Era mi toque secreto a lo que se conocía en nuestra ciudad de Lakeview como «una boda Natalie Barrett», una experiencia tan valorada entre los prometidos recientes que, para aspirar a ella siquiera, hacía falta apuntarse a una lista de espera y pagar una tarifa inmensa. Puede que el precio de mi madre y William fuera alto, pero cumplían lo prometido y los resultados de su trabajo podían apreciarse en cuatro gruesos álbumes, encuadernados en piel, que descansaban en la sala de espera de su oficina. Los cuatro rebosaban flamantes estampas de parejas de novios contrayendo matrimonio en todas las situaciones posibles: descalzos a orillas del mar. De etiqueta junto a un lago. En una bodega. En la cima de una montaña. En su propio jardín (precioso, decorado para la ocasión). Había bodas con cientos de invitados y bodas pequeñas e íntimas. Numerosos vestidos blancos con largas colas y algunos de otros colores y estilos (indicativos, descubrí, de segundas y terceras nupcias). La diferen-

cia entre una celebración normal y una Natalie Barrett sería comparable al contraste entre una tienda de animales y un circo. Una boda solo consiste en dos personas que se casan. Una boda Natalie Barrett era toda una experiencia.

La boda de Deborah Bell —la política de la empresa era referirse a los eventos que planificaba con el nombre de la novia, ya que los considerábamos «el día de ella»— fue tal como cabía esperar. La ceremonia se celebró en una iglesia; el banquete, en el salón de un hotel cercano. Había cinco damas de honor y cinco padrinos, un paje portando las alianzas y una niña lanzando flores. Su decisión de optar por un grupo que tocara música en directo iba siendo cada vez menos frecuente (mi madre prefería los DJ; cuanto menos gente en disputa, mejor), así como la opción de que la cena la sirvieran camareros (hacía años que los cocineros preparando la comida al momento, los bufés y las mesas de postres se habían vuelto más populares). La noche concluyó con fuegos artificiales, una petición cada vez más demandada que suponía un engorro en cuestión de permisos, pero que literalmente hacía estallar el presupuesto. A pesar del melodrama previo, Deborah corrió hacia la limusina aferrada a la mano de su nuevo marido, arrebolada, feliz y sonriente. Se besaron en cuanto se cerró la puerta del vehículo, ante el evidente disgusto del reverendo, que se enjugaba los ojos con un pañuelo y recibía consoladoras palmaditas de su esposa mientras el coche se alejaba.

«Buena suerte», pensé yo cuando las luces traseras se perdieron tras la curva. «Que siempre sepáis responder a las preguntas más importantes del otro.»

Y entonces la boda concluyó, para ellos al menos. Para nosotros no. A nosotros nos quedaba la valoración y la apuesta, así como una inspección final del local en busca de artículos perdidos, regalos de boda extraviados e invitados durmiendo la mona o, hum, enzarzados en alguna otra actividad (os sorprendería; a mí siempre me costaba creerlo). A continuación, cargábamos en el coche portapapeles y archivadores, equipos de reparación, cinta adhesiva de doble cara, cajas de pañuelos, regletas de enchufes, cargado-

res de teléfono y Trankimazin, y nos íbamos a casa. Por lo general teníamos un día exacto para recuperarnos, tras el cual regresábamos de inmediato al despacho de mi madre y nos sentábamos delante de su enorme pizarra, en la que ella rodeaba la siguiente boda y vuelta a empezar.

Por más que bromeasen mi madre y William —a menudo—, les encantaba su trabajo. Era su pasión y se les daba bien. Fue así desde mucho antes de que yo tuviera edad suficiente para trabajar con ellos los veranos. Cuando era niña, me pasaba las horas pintando en el enorme escritorio de mi madre mientras ella se reunía con novias nerviosas para hablar de las listas de invitados y de la distribución de las mesas. Ahora participaba en las reuniones con mi propia libreta (de cuero, decorada con el logo de Bodas Natalie Barrett, cómo no) en el regazo, tomando notas. La transición, que siempre se había dado por supuesta, fue inevitable. Las bodas eran el negocio familiar y yo era la única familia de mi madre. A menos que contaras a William, cosa que en realidad sí hacíamos.

Se habían conocido dieciséis años antes, cuando yo tenía dos años y mi padre acababa de abandonarnos. En aquella época, mis padres vivían en una cabaña en un bosque a unos dieciséis kilómetros de Lakeview. Allí criaban pollos, tenían un jardín ecológico y fabricaban sus propias velas con cera de abeja, las cuales vendían en el mercado de los granjeros los fines de semana. Mi padre, que por aquel entonces solo tenía veintidós años, lucía una barba poblada, casi nunca llevaba zapatos y escribía un poemario de temática medioambiental en el que llevaba trabajando desde antes de que yo fuera concebida. Mi madre, un año más joven, era vegana estricta, por las noches trabajaba de camarera en la cafetería de una cooperativa biológica cercana y, además, hacía pulseras de cuerda impregnadas con la «energía de la tierra». Se conocieron en la universidad, en una manifestación contra el sistema de educación pública, que al parecer era «opresor, misógino, cruel con los animales y malvado». Cito textualmente el panfleto que encontré en una caja escondida en las profundidades del armario de

mi madre, que contenía las pocas cosas que conservaba de esa época de su vida, sin contarme a mí. En el interior, además del panfleto, había una vela de cera de abeja más bien fea, una pulsera de cuerda que hizo las veces de «anillo» en su propia «boda» (celebrada en el barro de un festival de música al aire libre y oficiada por un amigo que firmó el certificado de matrimonio, que también encontré allí, como «¡Rey Yupiii!» a secas) y una única foto de mis padres, ambos descalzos y bronceados, sosteniendo sendos rastrillos en un jardín. Yo estaba sentada en el suelo a los pies de mi madre, examinando una hoja de col, desnuda de la cabeza a los pies. Mi nombre, exclusivo para mí, era una combinación de los suyos, Natalie y Louis. Me llamo Louna.

La caja del armario que guardaba aquellos objetos se me antojaba poca cosa para alguien que en sus tiempos había defendido tan excelsos ideales y eso siempre me entristecía. Mi madre, no obstante, solamente se refería a esa época cuando los clientes se cuestionaban en voz alta si valía la pena gastar una cantidad de dinero indecente por conseguir la boda de sus sueños.

—Bueno, a mí me casó un tipo que iba puesto de setas mágicas en un lodazal —decía entonces— y creo que eso condenó el matrimonio desde el principio. Pero cada caso es distinto.

A continuación, guardaba silencio durante un par de segundos para darles tiempo a los clientes a imaginar a Natalie Barrett —con su carísimo traje a medida, su peinado perfecto y sus característicos pendientes, anillo y collar de diamantes— vestida como una hippy mugrienta en una boda sin futuro. No podían imaginárselo, pero eso no les impedía firmar en la línea de puntos para asegurarse de no seguir sus pasos. Más vale prevenir que curar.

En realidad, la culpa de que el matrimonio de mis padres llegase a su fin no la tuvo el lodazal ni el oficiante, sino mi padre. Después de tres años en los bosques fabricando velas y «escribiendo poemas» (mi madre decía que nunca lo vio redactar ni una línea), se cansó de pasar penurias. No le sorprendió a nadie. Lo había criado en San Francisco un pa-

dre que poseía más de diez concesionarios de automóviles de lujo, así que no había nacido precisamente para vivir de la tierra a largo plazo. Desde que mi madre y él se dieron el «sí, quiero», su propio padre no dejó de repetirle que si renunciaba al matrimonio —y, en consecuencia, al bebé—, le cedería un concesionario de Porsche para él solo. Mi madre entonces ya culpaba al capitalismo de todos los males del mundo. Cuando su verdadero amor aceptó la oferta, se lo tomó como algo personal. Tres años después, tras una larga temporada sin dar señales de vida, mi padre falleció en un accidente de tráfico. No recuerdo que mi madre llorase ni reaccionase a la noticia, aunque debió de hacerlo, de algún modo. Yo no. Una no puede echar de menos lo que no ha conocido.

Y yo conocía a mi madre y nada más que a mi madre. No solo me parecía a ella —los mismos rasgos, cabello oscuro, piel cetrina—, sino que en ocasiones tenía la sensación de que éramos la misma persona. Sobre todo, porque sus propios padres, una pareja de cierta edad y adinerada, la habían repudiado en la época de la boda en el lodazal, así que siempre habíamos estado solas. Cuando mi padre se las piró, ella vendió la cabaña y nos mudamos a Lakeview, donde, después de rebotar de un empleo de camarera a otro, consiguió un puesto en el departamento de listas de bodas de Textiles, Etc., la cadena de artículos para el hogar. A primera vista, el empleo no le iba demasiado, ya que es difícil encontrar una tradición más comercial que las bodas. Pero mi madre tenía una hija que alimentar y en su vida anterior había sido presentada en sociedad y asistido a clases de etiqueta en el club de campo. Puede que ese mundo le provocase náuseas, pero lo conocía bien. Poco después, las novias preguntaban por ella cuando acudían a escoger vajillas o cuberterías de plata.

Cuando contrataron a William, un año más tarde, mi madre contaba ya con un nutrido grupo de seguidoras. Mientras formaba al recién llegado y le enseñaba todo lo que sabía, trabaron una estrecha amistad. Trabajaban en la trastienda, pasaban largas horas con las novias y las oían hablar

—y a menudo quejarse— de la planificación de sus bodas. Aprendieron qué organizadores eran buenos y cuáles no, redactaron listas de viveros de la zona, proveedores de cáterin y DJ para recomendárselos a las clientas. Sus consejos empezaron a concretarse en eventos específicos y acabaron planificando unas cuantas bodas de principio a fin. Mientras tanto, a la hora del almuerzo y entre las copas o las cenas que compartían al salir de trabajar, empezaron a hablar de crear su propia empresa. Poco después, con la sociedad firmada y un préstamo de la madre de William aceptado, pusieron el negocio en marcha.

Mi madre poseía el cincuenta y uno por ciento del negocio, William se quedó con el cuarenta y nueve, y pusieron el nombre de ella en la puerta. Sin embargo, los detalles legales terminaban ahí. Fuera cual fuese la batalla que implicase una boda en concreto, estaban juntos en las trincheras. Hacían sueños realidad, les gustaba decirse el uno al otro y a cualquiera que quisiera escucharlos, y no mentían. Pese a todo, aquel talento jamás se aplicaba a su propia vida amorosa. Mi madre apenas había salido con nadie desde que rompió con mi padre y, cuando lo hacía, escogía personas que no aspirasen a una relación duradera, «para que nadie se llame a engaño», decía. Por su parte, William, que llevaba fuera del armario desde los ocho años más o menos, todavía no había conocido a ningún hombre que cumpliera ni por asomo sus altas expectativas. Lo sobrellevaba inclinándose también hacia relaciones para nada ideales que carecían del más mínimo potencial para convertirse en relaciones a largo plazo. Se empeñaban en que el amor verdadero no existía, por más que se ganasen la vida explotando la misma ilusión que tanto denostaban. Así pues, ¿por qué molestarse en buscarlo? Además, se tenían el uno al otro.

Aun siendo una niña, yo ya sabía que esa postura era disfuncional. Pero, por desgracia, me habían inculcado desde la más tierna infancia, a fuerza de repetirlas, las sarcásticas opiniones de mi madre y de William sobre conceptos como «romanticismo», «por siempre jamás», «amor» y otras ideas